

Las contradicciones en nuestra lengua

JOSÉ MARÍA BECERRA HIRALDO
CATEDRÁTICO DE LENGUA ESPAÑOLA

Una cosa es contraponer, expresar lo contrario y otra manifestar la contrariedad. Se expresa la contrariedad cuando no admitimos, por ejemplo, a la España cañí.

Si entendemos por contradicción la combinación en una misma estructura sintáctica de dos palabras o expresiones de significado opuesto, que originan un nuevo sentido, encontraremos significado a: Un silencio atronador. Investigación más desarrollo. Desarrollo sostenible. Economía sostenible. Economía de la creatividad. Sociedad del conocimiento. Industrias de la cultura. Tala selectiva. Universidad masificada. Energía renovable. Razón y fe. Cultura de masas. Piquete informativo. La soledad sonora. La música callada. La poesía visual. El río manso. La palabra viva. La vida perpetua. Fuego amigo. Daños colaterales. El trabajo sucio. Cadáveres exquisitos. El tejido empresarial. Economía ecológica. Justicia ambiental. La paz del cementerio. La bondad del tonto. La sagacidad del listo. La alegría del pobre. Las lágrimas del rico. La tranquilidad del funcionario. La vida de un cura. El sueldo de un ministro. Las vacaciones de un maestro. Antes muerta que sencilla. Antes tronchá que doblá. Antes con los pies por delante que con las manos atrás. Antes un 'te doy' que dos 'te daré'.

Vamos a alargar las oraciones. Vamos a ponerle un verbo y resulta que: Lo más terrible de la vida es la rutina. El camino más largo es el recto. Las palabras más incómodas son las de un mismo tono. El campo más aburrido es el cultivado. El árbol más amable es el torcido.

Si observamos que contraponer es la acción de comparar o cotejar algo con otra cosa contraria o diversa, entenderemos frases como: Menos cosas con duende. Menos casas con encanto. Menos colores especiales. Menos velas a santa Rita. Más cornadas da la vida. Más información y menos formación. Menos risa y más sonrisas. Menos prozac y más Platón.

Una cosa es contraponer, expresar lo contrario y otra manifestar la contrariedad: Pobre pero honrado. Rico pero solidario. Joven pero sobradamente preparado. Mayor pero de buen ver. Lento pero seguro. Tardío pero cierto. Ya lo decía el latino: dura lex sed lex. Anciano pero no viejo. Viejo pero no antiguo. Listo pero no inteligente. Extranjero pero no extraño. Bueno pero no tonto. Hermano pero no primo. Obediente pero no dúctil. Pacífico pero no manso. Inquieto pero no nervioso. Tocado pero no hundido. Han ganado una batalla, pero no la guerra. Gobierna pero no manda. Gana la votación pero no gobierna.

Se expresa la contrariedad cuando no admitimos, por ejemplo, a la España cañí. Cuando estamos hartos de que nos inviten a tocar las castañuelas, hartos de bailar la tristeza de los extranjeros, de calentar el frío del norte, de sortear los cuernos del jornal. Hartos de que a los andaluces se nos etiquete de vagos, sin criterio, apesbrados, subsidiados o incultos. Hartos

de que se nos asocie únicamente con el flamenco, la juerga, los toros y el vino. Ojalá que alguna vez los medios se acuerden de los millones de andaluces que se levantan cada mañana para levantar España, o de nuestros padres y abuelos que emigraron hace décadas a Suiza, Cataluña y País Vasco para trabajar donde nadie quería. Hartos, como dice en Internet el científico cordobés Juan José Ruiz, de ver en las series de televisión los papeles de criada analfabeta o tontito con acento andaluz (¿y ningún presentador de informativo con nuestro acento?). Ojalá se acuerden de que hablamos con acento andaluz abogados, marineros, médicos, albañiles, arquitectos, investigadores de alto nivel, camareros, taxistas, prostitutas, jueces, enfermeras, empresarios, policías, obreros, agricultores.

Hartos de ver programas de televisión como el patético programa donde aparecen nuestros ancianos en busca de pareja, dando la imagen de personajes grotescos; o de niños graciosos que debían estar estudiando. Hartos de ver andaluces que úni-

camente triunfan en el programa de la copla, Gran Hermano y similares.

Hartos de Loperas y musho-beti, de miarmas y lolailos, de capillicas y malafollás, de famosillos de tercera división, de Malayas y de Faletes. Hartos de Jesulín, de Pozí, de Pantojas y Jurados. Hartos del risitas, de romerías del Rocío y Feria de Abril. Hartos de toreros que se lían con fulanas; del botijo y la pandereta. Hartos de la hija de la duquesa de Alba, de sus hijos, de su yerno y sus trajes de flamenca. Hartos, en fin, de la Pantoja y sus muchos hijos y del Ortega Cano y sus hijos.

Las antiguas escuelas filosóficas cultivaban el arte de distinguir mediante proposiciones que tenían dos sentidos, y decían de esta manera: Una cosa es la libertad y otra el libertinaje. Una cosa es negar y otra denegar. Una cosa es ir y otra irse.

Hay que distinguir entre seguidores y adictos, entre aficionados y afines, entre incondicionales y agradecidos, entre servidores y serviles, entre servidumbre y servilismo. Hay que distinguir entre argumento y argucia, entre razonar y racionalizar, entre dogmatizar y dogmatismo, entre ser primo y hacer el primo, entre escuchar y oír, entre ver y mirar, entre tocar y palpar, entre hablar y farfullar, entre joder y estar jodido, entre trabajar y hacer cosas. Hay que distinguir: No es lo mismo ser hijo de papá que ser hijo de puta. No es lo mismo hijo natural que hijo biológico. No es lo mismo coñazo que pendejo. Ni hombre público que mujer pública. Ni huevazos que huevudo. Ni cerdo que puerco. Ni marrano que cochino.

No es lo mismo ruptura que reforma. Recorte que ajuste. Rebaja que ajuste fino. Oferta que rebaja. Parado que desempleado. Subsidio que subvención. Recesión que deflación. Ni inflación que subida. No es lo mismo intelecto que inteligencia. No es lo mismo guateque que fiesta. Ni cante que canto. Dormirse al instante que dormirse en el acto. Hay que distinguir entre bailarín y bailaror, entre laico y lego, entre deficiente y deficitario, entre calendario y almanaque, entre bolso, bolsa y bolsillo, entre charco y charca, entre saco y saca, entre hoyo y hoyo, entre madero y madera, entre un madero y una madera.

Incluso hay que cuidar el orden de las palabras para no cometer errores. Parece ser que la perra de Biziana quiere decir que Biziana tiene una perra. Parece ser que la lengua de España quiere decir lengua española. Parece ser que el rosario del cura quiere decir que el cura tiene a Rosario. Parece ser que «el perro de tu padre sale a morderme» no es lo que parece. No es lo mismo decir «la cuesta del coño» que ¡Coño! ¡Qué cuesta! No es lo mismo decir sombrero para hombres de paja que sombrero de paja para hombres. No es lo mismo decir me toca Roque que tócame Roque. No significa lo mismo Gabino ven, que ven Gabino.

